

¿Realmente, hay una nueva derecha en Argentina?

Altamirano, Carlos

Carlos Altamirano: Sociólogo argentino. Docente e investigador en centros universitarios de Buenos Aires. Autor de numerosos ensayos y publicaciones.

La debilidad crónica de los partidos de derecha dentro del sistema político argentino - para muchos autores - no es ajena a la tradicional inestabilidad democrática del país. La falta de una opción electoral derechista capaz de erigirse realmente en alternativa de gobierno, ha hecho que los sectores latifundistas, industriales, comerciales y financieros más importantes se hayan inclinado por el apoyo a gobiernos militares afines a sus intereses, en vez de secundar a las fuerzas electorales tradicionales, radicales o peronistas. Las dos vertientes teóricas de la derecha argentina: la nacionalista y la liberal (en lo económico) no han dado paso aún a una renovación profunda del pensamiento tradicional, por lo que no es fácil detectar allí el surgimiento de un neoconservadorismo. Así, a la pregunta sobre si existe una nueva derecha argentina, es difícil darle una respuesta unívoca.

Es sabido que pocos esquemas resultan menos apropiados para representar el espectro político argentino que el de la oposición derecha/izquierda. Construido para definir, en términos más o menos netos, el antagonismo político, así como los alineamientos que organizan la acción y la identidad de amplios agregados sociales en los países capitalistas, ese esquema entra rápidamente en cortocircuito cuando se busca ordenar, de acuerdo a sus categorías, partidos o movimientos como el radicalismo y el peronismo. Es decir, las dos formaciones que arrastran, desde hace tiempo, alrededor del 80 por ciento del electorado en Argentina. Dirigentes y sectores enteros del radicalismo podrían aparecer, sin desentonar ideológicamente, en las filas de un partido liberal conservador. El peronismo, por su parte, aloja - y ha alojado siempre - círculos y tendencias que pertenecen a la familia doctrinaria de la derecha nacionalista y católica. A la inversa, si se buscara en estas dos fuerzas polí-

ticas posiciones y enunciados ideológicos afines con posiciones de izquierda, también se los encontraría - sobre todo en su versión nacional-populista, que captura buena parte de la identidad de izquierda en Argentina -. Sin pretensión de exhaustividad, agreguemos que dentro del amplio marco que proporcionan el peronismo y el radicalismo, es asimismo posible hallar el eco de la socialdemocracia y de la democracia cristiana (socialcristianismo), eco acompañado a veces por la idea de que alguno de ellos puede ser la base para partidos de este tipo.

Frente a estas configuraciones políticas ideológicamente laxas, la izquierda institucionalizada en los partidos y las organizaciones que reclaman esa identidad aparece como una fuerza de reducida gravitación. No sólo en el terreno electoral: aun en el plano sindical, sus adherentes son superados por los contingentes del peronismo (largamente) e incluso por los del radicalismo.

¿Y los partidos de derecha? Todavía es posible recordar que hasta hace poco tiempo era tema de análisis y de especulación intelectual la debilidad casi crónica de los partidos de derecha dentro del sistema político argentino. Se conjeturó incluso que la larga inestabilidad de la vida política nacional no era ajena, entre otras cosas, al desequilibrio que implicaba la falta de una opción electoral - se entiende, una opción electoral capaz de erigirse realmente en alternativa de gobierno - para los sectores que, por otro lado, eran los poderosos en los campos económico y social. Sin contrapesos dentro del sistema político, dominado por dos partidos que no los representaban, esos sectores se habían inclinado recurrentemente, de acuerdo con esta hipótesis, en favor de salidas autoritarias que comenzaban con la ruptura del orden constitucional. De ahí el apoyo otorgado a los golpes y a las dictaduras que eliminaban el juego político democrático.

No importa aquí la eventual consistencia de la hipótesis, cuanto el testimonio que ella aporta acerca de un fenómeno que se repetía toda vez que el fin de un régimen militar (desde 1946 al menos) reabría el escenario político-electoral: la derecha política se dividía en diferentes agrupamientos y terminaba por ser - al margen de algunas provincias con fuertes coaliciones conservadoras locales - un dato marginal dentro de las instituciones de la democracia representativa. Y vale la pena recordarlo, porque uno de los elementos novedosos de los últimos años - o sea, de los años de esta nueva experiencia de retorno a las reglas del juego político democrático para la acción y la lucha políticas - ha sido, justamente, la progresiva afirmación de un polo de agregación político-electoral de derecha: la Unión de Centro Democrático (UCD).

El caso de la UCD

La UCD se constituyó cuando la última dictadura militar, ya sin aire político tras la derrota de las Malvinas, autorizó la organización y la actividad de los partidos para la contienda electoral que llevaría al país al Estado de derecho, a la reimplantación de su constitución histórica (1853-60) y al gobierno civil. En las elecciones generales de 1983, que le dieron la victoria y el control del gobierno central al radicalismo, la UCD y todos aquellos partidos que aspiraban tanto a representar como a constituir una base electoral que fuera de la derecha hacia el centro obtuvieron la participación modesta que ya era clásica en Argentina. La fuerte y repetida polarización electoral había dejado esta vez, muy lejos de los dos grandes partidos, al Partido Intransigente, primero, y a la UCD después. Esta última, sin embargo, no dejaría de crecer desde entonces: en elecciones sucesivas (1985-1987) incrementó el número de sus votos, así como el de sus representantes en el Congreso, desplazando a los intransigentes del tercer lugar. Más aún: bajo la jefatura de Alvaro Alsogaray - un veterano portavoz de la derecha liberal, nada pudoroso en la defensa de cualquier empresa política, por brutal que sea, si se la lleva a cabo para salvar el orden natural del mercado y el capitalismo - la UCD se ha convertido en el principal socio de la alianza que le proporcionó a todo el arco liberal-conservador, por primera vez en muchas décadas, una fórmula presidencial única en los comicios de 1989.

Pero hay otros signos que refuerzan la impresión de que la fortuna de la UCD (o mejor, de los temas y valores que tienen en ella su polea de transmisión política más significativa) no es superficial. El más elocuente de ellos acaso sea el hecho, inédito en la historia del movimiento estudiantil, que representa la formación y el rápido crecimiento de agrupaciones liberales que, bajo el nombre común de UPAU - Unión para la Apertura Universitaria - comenzaron a ganar centros estudiantiles y cargos en el gobierno de las casas de estudio. A pocos años de su aparición, en 1983, la UPAU aparece así en condiciones de desafiar un bastión tradicional del progresismo y de la izquierda entre los jóvenes de sectores medios. En éste, como en otros ámbitos donde la argumentación ideológica juega un papel en la construcción de alineamientos políticos, se puede registrar con claridad el espíritu de ofensiva que asume el discurso de los liberales - viejos y nuevos -, según la actitud confiada y agresiva de quienes tienen la certidumbre de que caminan en el sentido de la historia. No menos significativo resulta, sin embargo, que esos mismos jóvenes universitarios se manifiesten «orgullosos de ser una máquina electoral y de admirar las máquinas electorales», en alusión polémica a las reservas que aún persisten

en los círculos políticos del liberalismo conservador para aceptar el juego de la competencia política (Alberto Braun, 1988, p. 234).

En los comicios de 1989 que, por primera vez en mucho tiempo, permitirán que un gobierno democráticamente elegidos sea reemplazado por otro también designado de acuerdo a las reglas de la Constitución, se puede decir que por polarizadas que esas elecciones hayan sido en torno a las fórmulas presidenciales del peronismo y el radicalismo, la posición que logró la derecha representada por la UCD ya no fue la de una fuerza marginal en el cuadro político. Alrededor de estos y otros indicios de sentido convergente que presenta hoy el proceso político argentino, se podrían hacer conjeturas relativas a la posible evolución de la recomposición partidaria de la derecha, a las dimensiones que aún deben superar sus diferentes segmentos, a las modificaciones que una eventual ampliación de las bases electorales de la derecha introduciría en las grandes fronteras del mapa político actual, cuya configuración básica se remonta al primer ciclo peronista.

¿La hay, realmente?

Preferimos, sin embargo, encarar la pregunta que da título al artículo: ¿hay una nueva derecha en Argentina?, dejando de lado las cuestiones concernientes a la organización partidaria o la proyección electoral del fenómeno, para recoger, aquí y allá, algunos perfiles ideológicos que se le pueden atribuir.

Recordemos brevemente que el uso reciente de la expresión nueva derecha, en el lenguaje periodístico o académico, está destinada a identificar una corriente no exclusivamente política, sino también ideológica y cultural, que ha buscado reactivar los núcleos (y aun las raíces religiosas) del espíritu capitalista, frente a la crisis de autoridad, moral y política que, de acuerdo con el diagnóstico que era parte del discurso neoderechista, estaba erosionando a las sociedades occidentales. No sólo el comunismo, sino también la socialdemocracia, el Welfare State y, en general, todas las políticas que introducían alguna regulación pública en los mecanismos de mercado, fueron impugnados y aun demonizados por esta reacción cultural y política que cobró brío en la segunda mitad de los 70. Se sabe que el epicentro de lo que también se ha llamado revolución conservadora fueron y son los EE.UU., y que el ascenso de Ronald Reagan a la presidencia en 1980 fue uno de los símbolos de la proyección política de esta ola intelectual y moral. Más allá de la sociedad norteamericana, el triunfo de Margaret Thatcher y la larga hegemonía del thatcherismo en la política británica, han sido vistos como partes de la misma constelación de fenómenos, sintetizados con los nombres de nueva derecha, neoconservadurismo.

mo, o neoliberalismo. Desde comienzos de la década del 80 era posible reconocer ecos de fermentos de esta constelación de ideas en la mayor parte de los países capitalistas, con efecto variado en las estrategias de los partidos que representaban a la derecha en cada contexto nacional.

Si interpretamos el interrogante acerca de una eventual nueva derecha en Argentina, de acuerdo al sentido particular que acabamos de evocar, hallaremos que el cuadro ideológico-político que ofrece el país no se presta a una respuesta unívoca. No se podría responder afirmativa o negativamente, sin agregar a continuación observaciones que atenúen y relativicen el juicio. Optamos entonces, en las páginas que siguen, por destacar algunos puntos de relieve novedosos dentro de los territorios ideológicos de la derecha argentina, dejando flotar los sentidos que pueden cobrar - dentro de ese espacio - el término nueva derecha. Es decir, sin fijarlo en una imagen ya cristalizada.

Las familias de derecha

Como suele suceder toda vez que uno intenta circunscribir en relación a un país y un momento determinado, los discursos identificables con la derecha, ésta revela tener no una, sino varias figuras ideológicas. Más aún, esas figuras sólo dan el esbozo general, las articulaciones principales o, mejor, las líneas de parentesco de familias ideológicas. Si a esta representación un tanto especial le añadimos cierta inflexión histórica, podríamos decir que en Argentina, como verosíblemente en todas partes, los discursos de derecha pueden ser agrupados de acuerdo con diferentes familias históricas, con ramas más viejas y otras más recientes.

Al pasar, ya hicimos alusión a algunas de esas familias históricas. Mencionamos así a la derecha nacionalista, en cuyo perfil general cobran relieve los elementos comunes de un conjunto internamente dividido. Es decir, el espíritu de cruzada (antiliberal y antimarxista), el catolicismo integrista, la concepción organicista de la sociedad, la nación como instancia primaria y absoluta, la visión autoritaria del orden político, etc. Los miembros más populistas de esta familia y, por ello, los más inclinados a aceptar la movilización de masas como dispositivo plebiscitario de un régimen autoritario, suelen buscar en el peronismo el ámbito y el instrumento de la revolución nacional. Los núcleos más señoriales cuyas raíces nos podrían remitir a los años 20 y 30, no sólo son hostiles a la democracia política y al pluralismo ideológico, sino también a los mítines y las demostraciones plebeyas. Estos no tienen, por lo general, otro candidato político que las Fuerzas Armadas, a las que destinan todos sus afanes persuasivos.

Pero hay otros signos que refuerzan la impresión de que la fortuna de la UCD (o mejor, de los temas y valores que tienen en ella su polea de transmisión política más significativa) no es superficial. El más elocuente de ellos acaso sea el hecho, inédito en la historia del movimiento estudiantil, que representa la formación y el rápido crecimiento de agrupaciones liberales que, bajo el nombre común de UPAU - Unión para la Apertura Universitaria - comenzaron a ganar centros estudiantiles y cargos en el gobierno de las casas de estudio. A pocos años de su aparición, en 1983, la UPAU aparece así en condiciones de desafiar un bastión tradicional del progresismo y de la izquierda entre los jóvenes de sectores medios. En éste, como en otros ámbitos donde la argumentación ideológica juega un papel en la construcción de alineamientos políticos, se puede registrar con claridad el espíritu de ofensiva que asume el discurso de los liberales - viejos y nuevos -, según la actitud confiada y agresiva de quienes tienen la certidumbre de que caminan en el sentido de la historia. No menos significativo resulta, sin embargo, que esos mismos jóvenes universitarios se manifiesten «orgullosos de ser una máquina electoral y de admirar las máquinas electorales», en alusión polémica a las reservas que aún persisten en los círculos políticos del liberalismo conservador para aceptar el juego de la competencia política (Alberto Braun, 1988, p. 234).

En los comicios de 1989 que, por primera vez en mucho tiempo, permitirán que un gobierno democráticamente elegido sea reemplazado por otro también designado de acuerdo a las reglas de la Constitución, se puede decir que por polarizadas que esas elecciones hayan sido en torno a las fórmulas presidenciales del peronismo y el radicalismo, la posición que logró la derecha representada por la UCD ya no fue la de una fuerza marginal en el cuadro político. Alrededor de estos y otros indicios de sentido convergente que presenta hoy el proceso político argentino, se podrían hacer conjeturas relativas a la posible evolución de la recomposición partidaria de la derecha, a las dimensiones que aún deben superar sus diferentes segmentos, a las modificaciones que una eventual ampliación de las bases electorales de la derecha introduciría en las grandes fronteras del mapa político actual, cuya configuración básica se remonta al primer ciclo peronista.

¿La hay, realmente?

Preferimos, sin embargo, encarar la pregunta que da título al artículo: ¿hay una nueva derecha en Argentina?, dejando de lado las cuestiones concernientes a la organización partidaria o la proyección electoral del fenómeno, para recoger, aquí y allá, algunos perfiles ideológicos que se le pueden atribuir.

Recordemos brevemente que el uso reciente de la expresión nueva derecha, en el lenguaje periodístico o académico, está destinada a identificar una corriente no exclusivamente política, sino también ideológica y cultural, que ha buscado reactivar los núcleos (y aun las raíces religiosas) del espíritu capitalista, frente a la crisis de autoridad, moral y política que, de acuerdo con el diagnóstico que era parte del discurso neoderechista, estaba erosionando a las sociedades occidentales. No sólo el comunismo, sino también la socialdemocracia, el Welfare State y, en general, todas las políticas que introducían alguna regulación pública en los mecanismos de mercado, fueron impugnados y aun demonizados por esta reacción cultural y política que cobró brío en la segunda mitad de los 70. Se sabe que el epicentro de lo que también se ha llamado revolución conservadora fueron y son los EE.UU., y que el ascenso de Ronald Reagan a la presidencia en 1980 fue uno de los símbolos de la proyección política de esta ola intelectual y moral. Más allá de la sociedad norteamericana, el triunfo de Margaret Thatcher y la larga hegemonía del thatcherismo en la política británica, han sido vistos como partes de la misma constelación de fenómenos, sintetizados con los nombres de nueva derecha, neoconservadurismo, o neoliberalismo. Desde comienzos de la década del 80 era posible reconocer ecos de fermentos de esta constelación de ideas en la mayor parte de los países capitalistas, con efecto variado en las estrategias de los partidos que representaban a la derecha en cada contexto nacional.

Si interpretamos el interrogante acerca de una eventual nueva derecha en Argentina, de acuerdo al sentido particular que acabamos de evocar, hallaremos que el cuadro ideológico-político que ofrece el país no se presta a una respuesta unívoca. No se podría responder afirmativa o negativamente, sin agregar a continuación observaciones que atenúen y relativicen el juicio. Optamos entonces, en las páginas que siguen, por destacar algunos puntos de relieve novedosos dentro de los territorios ideológicos de la derecha argentina, dejando flotar los sentidos que pueden cobrar - dentro de ese espacio - el término nueva derecha. Es decir, sin fijarlo en una imagen ya cristalizada.

Las familias de derecha

Como suele suceder toda vez que uno intenta circunscribir en relación a un país y un momento determinado, los discursos identificables con la derecha, ésta revela tener no una, sino varias figuras ideológicas. Más aún, esas figuras sólo dan el esbozo general, las articulaciones principales o, mejor, las líneas de parentesco de familias ideológicas. Si a esta representación un tanto especial le añadimos cierta inflexión histórica, podríamos decir que en Argentina, como verosímelmente en todas

partes, los discursos de derecha pueden ser agrupados de acuerdo con diferentes familias históricas, con ramas más viejas y otras más recientes.

Al pasar, ya hicimos alusión a algunas de esas familias históricas. Mencionamos así a la derecha nacionalista, en cuyo perfil general cobran relieve los elementos comunes de un conjunto internamente dividido. Es decir, el espíritu de cruzada (antiliberal y antimarxista), el catolicismo integrista, la concepción organicista de la sociedad, la nación como instancia primaria y absoluta, la visión autoritaria del orden político, etc. Los miembros más populistas de esta familia y, por ello, los más inclinados a aceptar la movilización de masas como dispositivo plebiscitario de un régimen autoritario, suelen buscar en el peronismo el ámbito y el instrumento de la revolución nacional. Los núcleos más señoriales cuyas raíces nos podrían remitir a los años 20 y 30, no sólo son hostiles a la democracia política y al pluralismo ideológico, sino también a los mítines y las demostraciones plebeyas. Estos no tienen, por lo general, otro candidato político que las Fuerzas Armadas, a las que destinan todos sus afanes persuasivos.

Los dos registros de la derecha nacionalista que hemos esquemáticamente resumido hallan apoyo y circulación en las filas militares, donde han constituido tradiciones ideológicas activas. De la gravitación actual, en ese ámbito, de la más plebeyizante de las tendencias mencionadas, puede dar prueba la orientación de los oficiales que acaudillaron las sublevaciones producidas en el ejército en tres oportunidades desde 1987, que pusieron en jaque la continuidad del orden institucional. Obviamente, las tres sublevaciones y el movimiento de oficiales (los *carapintuda*) que les dio impulso, estimulando el malestar contra los altos mandos y los actos generalizados de insubordinación, implican algo más que un capítulo del discurso nacionalista autoritario. Quedan aún por analizar y ligar los diferentes elementos que se precipitaron en ese fenómeno (cuya evolución, por otra parte, resulta todavía incierta): desde la estela de resentimientos y recriminaciones que dejó la derrota en las Malvinas (la traición de los generales) a la certidumbre de que -también con la pasividad de los generales- se les estaba arrebatando la única victoria obtenida, la de la *guerra sucia*: ésta aparecía, bajo la democracia y a través de los juicios por violaciones a los derechos humanos, como terrorismo de Estado. En fin, queda también por preguntarse: ¿el fenómeno puede ser inscrito entre los datos emergentes para una nueva derecha?

Dejemos planteada la pregunta para volver la mirada sobre la otra familia histórica, la de la derecha liberal. Es a los temas y a los giros ideológicos registrables en el campo de quienes se identifican como liberales, o pueden ser filiados como miem-

bros de esa familia ideológica, a los que se presta mayor atención cuando se abre el interrogante acerca de una eventual nueva derecha en Argentina. Sin dudas es el llamado *boom liberal*- a cuyos signos políticos ya hicimos referencia- lo que, en primer término, inclina a seguir la pista en esa dirección. Este argumento podría ser reforzado por otro: ninguna de las versiones de la derecha nacional lista (ni aún las moderadas) ha hallado bases permanentes y significativas en las filas de la gran burguesía argentina -para llamar de algún modo a los estratos más poderosos de las clases propietarias locales. A menudo dispuestos a apoyar (y aun a solicitar en nombre de la paz social, de la propiedad, de la familia ...) la reglamentación policial de la vida política y cultural, esos sectores se reconocen, respecto del orden económico, en el discurso del liberalismo. Cuando en algún caso -como en verdad ha ocurrido tantas veces, la intervención y los controles del Estado pueden ser admitidos, tales medidas se justifican como instrumentos transitorios destinados a instaurar o a restaurar, a la corta o a la larga, los mecanismos del mercado. En fin si se piensa en el órgano periodístico que no sólo tradicionalmente, sino también en la actualidad, ha funcionado como tribuna más prestigiosa del *establishment* -es decir, en el diario *La Nación*-, el perfil liberal parece imponerse sobre cualquier otro en la identificación ideológica de los círculos del poder económico y social en Argentina.

Los liberalismos

No todo el discurso que reivindique valores o esquemas intelectuales de matriz liberal -exponga o no declaradamente esta filiación- puede ser anexado a la cultura, vieja o nueva de la derecha. Y suponer que basta entresacar temas de raíz liberal que hayan emergido en los últimos años en el campo ideológico argentino para ofrecerlos, reunidos, como prueba de la expansión derechista, sería pasar demasiado rápidamente por encima de diferencias que la estructura y el curso efectivos de los alineamientos ideológicos obligan a tener en cuenta. No quisiéramos, entonces, que las observaciones que siguen -destinadas a fijar algunos perfiles ideológicos de la derecha liberal valgan como representación general de los puntos de vista liberales reconocibles en los discursos que, acerca de lo social y lo político, circulan actualmente en Argentina, Para proporcionarle un ejemplo a este comentario: el debate (que no es de hoy ni originalmente nacional) acerca de la disociación entre un liberalismo político y un liberalismo económico, el primero identificado con la democracia y las libertades públicas, el segundo equiparado a un modelo de organización económica y social. Quienes consideran que esta disociación es sustentable teórica y prácticamente son, por lo general, los que se reconocen en el liberalismo político y argumentan que este último no tiene su correlato obligado en la reivindi-

cación del mercado como único mecanismo social que, arraigado en la inclinación natural de los hombres al intercambio, permite armonizar la maximización del interés individual con el bienestar general.

En Argentina, «persiste -escribe Manuel Mora y Araujo- una inclinación, observable en textos, en análisis circunstanciales y hasta en discursos políticos, a querer definir un liberalismo puramente *político*, como si éste fuera distinto, y sobre todo, disociable, del liberalismo *económico*». Para el autor, uno de los exponentes del nuevo liberalismo, lo «que lleva a separar ambos conceptos es la preferencia por la intervención del Estado en las decisiones privadas, ya sea para satisfacer ideales igualitarios, ya sea para corregir «imperfecciones» generadas por el mercado en la asignación de los recursos». Mora y Araujo cuestiona, como todos los que pretenden hablar en nombre de un liberalismo sin adjetivos -y ésta es la posición que asumen quienes se alinean en la derecha liberal-, la disociación mencionada: las libertades no se pueden desdoblar y toda vez que se renuncia a la libertad económica, se termina perdiendo la libertad política (M. Mora y Araujo, 1985).

No interesa ahora la sustancia de la discusión ni los títulos doctrinarios que cada posición pueda exhibir (ni aun el dato práctico de que los liberales *integristas* han justificado demasiadas veces la liquidación de la libertad política para custodiar la libertad económica). Sólo nos interesa que la querrela permite ilustrar la observación expuesta más arriba de que valores y proposiciones extraídas del liberalismo pueden tomar forma en discursos que no pertenecen a la misma cultura ni mantienen la misma relación con los conflictos del campo político. Ello vale también para el nacionalismo, del cual sólo nombramos los rostros de derecha, por decirlo así.

Ahora bien, hecho este comentario con el objeto de precaver al lector contra los efectos unilateralizantes de nuestras propias consideraciones, digamos, sin embargo, que la codificación dominante de los temas liberales en la Argentina actual pertenece al *partido del mercado*. Tomamos esta expresión del ya citado Mora y Araujo, quien a su vez la adoptó del sociólogo italiano Paolo Farnetti. De acuerdo al esquema original, el *partido del mercado* y el *partido del Estado* condensan las dos posiciones que rivalizan en cuanto al enfoque y los mecanismos para encarar los problemas del mundo contemporáneo. Ninguno de los dos términos de la contraposición designa partidos efectivamente organizados bajo esa denominación: agrupan tendencias e intereses que operan en la sociedad, con independencia de las divisiones correspondientes al mapa de partidos.

Por nuestra parte, adoptamos la expresión *partido del mercado* simplemente porque es eficaz para resumir el sentido dominante de los discursos de filiación liberal que circulan hoy en Argentina, un sentido que no remite a un foco de irradiación único (un partido, un centro doctrinario, etc.), sino a un clima ideológico generalizado. El destinatario de esos discursos -tal como ellos lo construyen e independientemente de cómo lo interpelen en cada ocasión- es el *hombre común*, individuo que con prescindencia de su condición social (asalariado o capitalista, rico o pobre) sufre bajo la opresión de un Estado intervencionista, de una burocracia pública ineficiente, de unos servicios deteriorados que ésta, administra y, en general, de todos los productos de las ideologías estatistas y colectivistas. A esta figura terclasista, se le ofrece la alternativa de la Jertad y el progreso: Estado mínimo, privatizaciones, mercado. Y el orden de referencia, el que aparece como proyección de esos cambios, es el capitalismo, un capitalismo restaurado, por decirlo así, libre de las reglamentaciones que lo sofocaron durante décadas.

Es en el área del *partido del mercado* casi ni es necesario puntualizarlo a esta altura donde se pueden reconocer algunos perfiles ideológicos que evocan la temática o la imagen de una nueva derecha, en el sentido que este término adquirió recientemente. Insistamos, aunque resulte redundante, en que al emplear la expresión *partido del mercado* no nos referimos a un partido en la acepción corriente del concepto, sino a un clima y a una constelación de ideas: si bien estas ideas encuentran sus expositores más consecuentes en las filas de la VCD, su área de expansión excede ampliamente las fronteras de esta fuerza política y halla predicadores advenedizos, como sería el candidato presidencial del radicalismo en las elecciones de 1989 según los ucedeístas.

La ética del mercado

En las conclusiones de Los pensadores de la libertad. De John Locke a Robert Nozick (1986), Mariano Grondona escribe: «Los argentinos que se interesan en estas cosas (las varias dimensiones de la libertad, *nosotros*) tienen que agregar Nozick a Von Mises. Hay una generación liberal que ha leído a Von Mises, y está bien. Pero debería haber ahora una generación que lea a Nozick».

Sería imposible tomar a Mariano Grondona por un pensador o al libro citado por un texto académico más o menos riguroso: aunque derivado de cursos universitarios, en el rápido vuelo por sobre doce exponentes de la tradición liberal, la simplificación de los problemas, la trivialización de las posiciones que se rebaten y el espíritu de propaganda dominan sobre cualquier propósito erudito. Hay que tomar-

lo, pues, como la intervención ideológica de quien -en las diferentes funciones que le dieron notoriedad, comenzando por la de columnista político- fue siempre un intérprete del orden y de las demandas en el mercado de ideas del *establishment*. Incluso su vuelco bastante reciente al liberalismo -«El pensamiento liberal empezó a atraerme poderosamente al empezar los años 80; hasta ese momento me consideraba un conservador», escribe en el prólogo- puede ser visto como un modo de ejercer su papel característico. Pero son éstas, justamente, las razones que nos llevan a prestarle alguna atención a las ideas de este libro (que alcanzó rápidamente varias ediciones), al señalar temáticas neoderechistas que no se reduzcan a la esfera inmediatamente económica.

En el párrafo citado poco antes, cuya inflexión exhortativa resume una suerte de *leitmotiv* del libro, el nombre de Ludwig von Mises representa tanto un punto de referencia intelectual, cuanto una indicación de la mentalidad unilateral, economicista, que se le reprocha a los neoliberales «viejos». Bautizados y confirmados, la mayoría de ellos, en el antiperonismo y el anticomunismo de los años cuarenta y cincuenta, hoy se les reconoce, por parte de los más jóvenes, el mérito de haber sostenido las banderas en los tiempos inclementes del keynesianismo, el populismo, el estatismo ... (adherir a esta visión heroica de los «viejos» es casi una prueba que distingue a los verdaderos creyentes entre los recién llegados). El exponente característico de esos apóstoles es, sin duda, Alvaro Alsogaray, el líder de la VCD. Este, desde su aparición como personalidad pública en la Argentina posterior a 1955, nunca asumió sólo el papel de político, ni sólo el de economista, aunque fue ministro de Economía en dos ocasiones. Ha actuado también como doctrinario propagandista del neoliberalismo clásico (llamémosle así para diferenciarlo de corrientes intelectuales de formulación más reciente y también liberales), y, en particular, de una de sus secuelas, la germano-occidental economía social del mercado.

El pensamiento de Von Mises no es, obviamente, el único que se podría mencionar como clave doctrinaria de la visión ideológica de Alsogaray o, más en general, de los que integran la generación de los viejos del liberalismo. Pero ese nombre funciona, en el párrafo citado, como emblema del carácter instrumental que para ellos tuvo el orden político, uno de cuyos corolarios fue la inclinación por los regímenes autoritarios, si estos respetaban los principios del mercado libre.

A su vez, el nombre de Robert Nozickuna de las estrellas filosóficas de la *New Right* norteamericana y para quien el capitalismo, la propiedad privada y el mercado pueden ser moralmente explicados y defendidos en el marco de una posición libertaria funciona como indicación programática. Al prescribir su lectura, Grondona

na propone complementar los teoremas economicistas del neoliberalismo con un discurso ético, añadiendo; así, a la razón utilitaria los atractivos del ideal y la utopía. «Nuestro tiempo no aceptaría un liberalismo puramente utilitarista; o lo tomaría simplemente como una técnica de mercado, a usar al servicio, quizás, de concepciones globales no liberales. El liberalismo queda reducido a una dimensión de eficiencia. En cambio, el proyecto de Nozick es una oferta para que las utopías personales puedan acaecer. Nuestro tiempo no aceptaría un mensaje que no fuera eminentemente moral (...) En Nozick se proyecta un idealismo liberal... sigue actuando la lógica del mercado, pero el ideal liberal compite con el ideal socialista» (Grondona, 1986).

En el libro que el autor publicó a continuación, “Bajo el imperio de las ideas morales” (1988), la ojeada panorámica es aún más amplia. Ocupa la primera parte del volumen y su objeto, esta vez, son las concepciones morales de Occidente, desde la antigüedad hasta el presente. El gesto resulta desmesurado para la tesis que se quiere sostener, aunque no para la vocación periodística y de charlista ameno con que Grondona habla muy desenvueltamente de Aristóteles, Kant o Heidegger. La tesis es una versión de la no muy novedosa idea de que el desarrollo económico moderno depende de la gravitación de ciertos valores culturales -de índole moral, algunos de ellos-; la clave del impulso que llevó a determinados países a ocupar la delantera de la modernidad debe, entonces, ser indagada en esa esfera moral. De ahí y este corolarío vendría a ser de la cosecha de Grondona el interés que debe prestarse a los desarrollados de la filosofía moral anglosajona contemporánea.

Como se ve, es una ampliación de la cuestión planteada anteriormente: unir una ética fundada en valores no utilitarios a la base economicista del paradigma liberal dominante. En el prólogo de este segundo libro, Grondona promete otro donde continuaría con la línea temática desarrollada hasta aquí y que busca dar forma a un nuevo espíritu de derecha. Habrá que aguardar la evolución y los efectos de ese empeño.

Una reinterpretación

La afirmación de un liberalismo integral (no economicista) y también en comunicación con las corrientes que, en las últimas décadas, han proporcionado nuevos enfoques y argumentos al pensamiento liberal en los EEUU, aparece igualmente en los artículos de Manuel Mora y Araujo reunidos en el volumen *Liberalismo y Democracia* (1988). Aquí el discurso es más sobrio y los juicios y las observaciones sobre la experiencia política argentina, los valores reinantes en la sociedad, la refor-

ma educativa o los paradigmas en ciencias sociales se enuncian con las modalidades retóricas de quien, como sociólogo profesional, está entrenado en el control empírico de las opiniones.

Aunque el nombre de Mora y Araujo ha estado asociado al liderazgo de una de las corrientes de la Unión de Centro Democrático, lo que le confirió cierta notoriedad más allá de los medios académicos---. Fueron las encuestas de opinión y los análisis de preferencias políticas llevadas a cabo por su estudio con probidad reconocida. Como todos los liberales nuevos, al menos después de 1982, Mora y Araujo es enfático en cuanto al valor de la democracia como régimen político: las dificultades de la sociedad argentina por «aunar la libertad con la democracia » -escribe en el prólogo de su libroes la preocupación que ha inspirado los trabajos recopilados. Sin embargo, si se quisiera definir una problemática común para la diversidad de temas que abordan los textos del volumen, diríamos que es la de los obstáculos que han impedido -en los últimos cuarenta años- que el orden económico y el sistema político fueran liberales en Argentina. La democracia incluida.

La cuestión no es, desde esta perspectiva, la de complementar (o *fundar*) con valores no utilitarios la elección del mercado como mecanismo regulador del orden económico, sino en considerar al mercado como el modelo más apropiado para todos los campos de la vida social, desde el económico al político. «La sociedad de mercado es una sociedad donde los individuos deciden libremente la mayor parte de los intercambios que realizan; no solamente aquellos intercambios de bienes y servicios mensurables en dinero, sino todos sus intercambios; los que tienen lugar a través del lenguaje, de los procedimientos electorales, de las instituciones educacionales y familiares, de las asociaciones deportivas y gremiales (Mora y Araujo, 1988, p. 22).

En consonancia con esta reinterpretación neoliberal de la noción clásica del mercado, Mora y Araujo apunta una y otra vez sobre los intereses y las creencias que se asociaron para bloquear en el país los mecanismos que, hasta la década del 40, habían funcionado siquiera aproximadamente. ¿Qué intereses y qué creencias? Los de las corporaciones y las coaliciones corporativas -en sociedad con la burocracia pública- y las creencias aliadas con el estatismo. Como en el largo período que llega hasta el presente, todos los actores políticos y sociales relevantes pasaron por el gobierno, o influyeron sobre sus decisiones, ninguno podría eximirse de su contribución a la hegemonía corporativa. A esta hegemonía (que en la representación del autor ocupa el lugar de los privilegiados y los poderosos) podría erosionarla otra coalición: la que agrupe al disperso *partido del mercado*.

Ahora bien, la representación del liberalismo que trasmite el conjunto de los artículos de este libro -un liberalismo culturalmente tolerante y sofisticado en sus argumentos- no es la que exponen los dirigentes de los partidos liberales, comenzando por la UCD.

Tampoco se la podría inscribir, como variante, en el espacio discursivo en que funcionan los libros de Grondona, más abiertos al gran público de la *middle class* por el atractivo que ejercen las fórmulas dualistas en la visión de los problemas del mundo y una moral confortable donde el ideal y el interés van de la mano. El discurso de Mora y Araujo sugiere, más bien, el punto de vista de un liberalismo ilustrado, perspectiva que interpreta y atrae a una parte creciente de la *intelligentsia* hacia el «partido del mercado», aunque no necesariamente hacia las filas de la UCD.

Más allá de los «doctos»

No es, sin embargo, en el campo de los intelectuales donde quisiéramos concluir estas notas acerca de los perfiles posibles de la nueva derecha en Argentina. Así sea al pasar, digamos que los mensajes del neoliberalismo no tuvieron localmente el refuerzo autóctono que, en otros países, les proporcionó la aparición de intelectuales volcados al profetismo de derecha. En el campo intelectual argentino, ninguna figura asumió, por ejemplo, el papel del converso fervorosamente aplicado a denunciar las raíces del Mal y el Error (el socialismo, la izquierda) y a proclamar la salvación capitalista, como Vargas Llosa, ni tampoco el papel más complejo y elaborado de *maitre-apenser* antitotalitario de Octavio Paz. Los que tenían el «capital simbólico» para desempeñar esos papeles no se convirtieron y la tarea ha sido ejercida sin competencia por los propios Vargas Llosa y Paz, cuyos artículos políticos se volvieron moneda corriente en la prensa de la derecha liberal argentina.

En la izquierda intelectual han aparecido, ciertamente, los síntomas de crisis y revisión de los puntos de referencia teóricos y culturales de esa identidad ideológica. Síntomas equivalentes a los registrados en la mayor parte de los países capitalistas, su emergencia aparece conectada, como en estos últimos, no sólo con experiencias políticas locales, sino también con la que dejan percibir, cada día más abiertamente y por boca de sus dirigentes, las sociedades del *socialismo real* o posrevolucionarias, o como quiera se las llame. De cualquier modo, los realineamientos ideológicos que produjo la revisión de algunas de las matrices históricas de la identidad de izquierda -sobre todo las de aquellas asociadas al maximalismo de las dos décadas pasadas-. Tomaron el perfil del liberalismo progresista o del socialismo reformista (o neorreformista, para diferenciarlo del clásico, decimonónico).

Pero, como decíamos, no es en relación al espacio de la *intelligentsia* que quisiéramos dar las últimas referencias de este recorrido por las novedades de la derecha. No sólo porque en ese ámbito no se produjeron aquellas manifestaciones que en otros contextos nacionales le confirieron un *plus* de legitimidad y de dramatismo a la adopción de los valores capitalistas (nuevos filósofos, y nuevos profetas). También porque si se trata de señalar los fenómenos ideológico políticos que evocan con mayor proximidad esa mezcla de temas neoliberales con interpretaciones populistas, que ha sido observado en el thatcherismo y en el reaganismo, hay que ir más allá de los discursos ilustrados y para ilustrarlos.

El nombre que, en ese caso, se torna inevitable es el de Bernardo Neustadt, el *opinion-maker* más astuto con que cuenta la derecha argentina hoy. Conduce con Mariano Grondona el programa político más influyente de la TV, está a cargo de programas radiales diarios y, sin que esto agote la cuenta, dirige una revista de opinión, *Extra*, desde hace más de veinte años. Sería difícil añadir algo a lo ya dicho y denunciado acerca de la disposición profesional para hacerse cargo del humor reaccionario de la hora que caracteriza la trayectoria de Neustadt o sobre el papel apologético que el programa televisivo que dirige asumió bajo la dictadura militar concluida en 1983. No es, por otra parte, la personalidad moral de Neustadt lo que nos interesa poner de relieve. Tampoco su originalidad ideológica: su repertorio de ideas es un agregado de tópicos neo liberales vulgarizados y conjugados en una visión encantada, casi mágica, del capitalismo.

Su habilidad está en el arte de la propaganda, particularmente en el modo de interpelar transformando aquellos tópicos en fórmulas del sentido común del hombre común. En las entrevistas televisivas o radiales que lleva a cabo, en sus comentarios orales o escritos, el destinatario de referencia, en efecto, es el hombre o la mujer comunes: *Dofla Rosa*, según el apelativo adoptado para ese personaje *cualunque*. Doña Rosa no es una ciudadana, si esta noción implica cierta dimensión ético-política conexas al interés público o general. Puede ser una contribuyente, una compradora en el mercado de bienes domésticos y, por lo general, una usuaria de los servicios públicos. En la representación de cualquiera de esas esferas no son los intereses de Doña Rosa los que cuentan. Ella, por el contrario, es la víctima del estatismo, de la obstrucción a la competencia de los proyectos progresistas.

Invoque expresamente o no esta figura siempre frustrada en algún mercado; Neustadt conduce el diálogo con sus entrevistados o expone perspectivas sobre la política cotidiana de modo que las opiniones que vierta casi no sean tales: sólo las conclusiones o los interrogantes del sentido común del individuo corriente. El dis-

curso de los políticos no tomaría en cuenta a este individuo común -Doña Rosa, Don José, usted, cualquiera-; aunque sea quien sufre las consecuencias de la política. Menos cuenta aún si se trata del discurso de los políticos intelectuales, los *doctores*: Neustadt, recurriendo a una veta tradicionalmente explotada por las versiones populistas y demagógicas del conservadurismo, ha ido imprimiéndole una inflexión crecientemente antiintelectual a su prédica de los temas neoliberales. Pero el *otro* de los doctores no es el pueblo, la nación o cualquiera de las nociones que, en el discurso populista habitual, suelen evocar identidades y actores colectivos. No, el otro son esos individuos que, en masa, resultan agobiados por el Estado, imposibilitados de maximizar sus esfuerzos, etc.

Analizar no sólo las operaciones discursivas de Neustadt, sino como sería necesario, todo el dispositivo con el que forman cuerpo (en la TV y la radio, particularmente), escapan en teramente al objeto de estas anotaciones. Pero la referencia quedaría incompleta si no mencionáramos al emergente político que está en estrecha afinidad con el registro ideológico al que Neustadt ha dado forma en los *mass media*: la figura popular de la UCD, Adelina de Viola, cuya estrella no ha dejado de crecer en la escena de la ciudad de Buenos Aires desde que cobrara cierta imagen pública a través, justamente, del programa televisivo de Neustadt. Frente al perfil doctrinario y rígido con el que habitualmente se identificó a los dirigentes liberales, Adelina de Viola fue dando forma a su papel de mujer corriente, atractiva pero nada sofisticada y que, a diferencia no sólo de los políticos de su partido, se dirige a Doña Rosa, cuyas demandas interpreta como demandas liberales. «El sueño de ustedes es liberal y capitalista»: así resumió en una entrevista el mensaje que transmite en sus recorridas por los barrios pobres de Buenos Aires.

De acuerdo a las encuestas de opinión, Adelina de Viola tiene pocos rivales en cuanto a popularidad dentro de la Capital Federal. Ello podría indicar transformaciones de largo alcance en la cultura política argentina y, también, que es negociando con la tradición populista como el *partido del mercado* podría atravesar la barrera social de la clase media. Una vez más, sin embargo, vuelve la pregunta: sobre la base de la suma de indicios apuntados en esta travesía, ¿se puede hablar de nueva derecha en Argentina?

Referencias bibliográficas

*Braun, Alberto: El boom editorial, Ediciones Andros, Buenos Aires, 1988.

*Grondona, Mariano: Bajo el imperio de las ideas morales, Ed. Suilamericana, Buenos Aires, 1988.
Lepage, Henri: Mañana, el capitalismo, Alianza Editorial, Madrid, 1979.

*Grondona, Mariano: Los pensadores de la libertad. De John Locke a Robert Nozick, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1986.

*Montenegro, Héctor: La alternativa liberat en la Argentina, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1988.

*Romero, José Luis: El pensamiento político de la derecha latinoamericana, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1970.

*Sorman, Guy: La revolución conservadora americana, Ed. Atlántida, Buenos Aires, 1983.